

a saber...

uniendo a la comunidad universitaria a través de la comunicación

San Salvador, 16 de noviembre de 1996.

Nº 22/96

Editorial

Los mártires de ayer en la realidad de hoy

P. Francisco Javier Ibisate, S.J.

En la eucaristía de cada día recordamos la memoria de los protomártires de la Iglesia, que ya cumplen casi 2.000 años, y les agregamos a su tiempo los mártires de los siglos posteriores. La historia del cristianismo está hecha de mártires y el anuncio de la buena noticia nunca ha existido sin mártires. Evangelio y martirio forman una unidad, y así sucedió también con los profetas del Antiguo Testamento. De aquí brotan dos preguntas: ¿qué está predicando una Iglesia que no tiene mártires y qué está sucediendo en un país que sí hace mártires?. Las dos preguntas son inquietantes, pero comencemos por la segunda porque nuestra Iglesia y nuestro país sí han tenido mártires.

En 16 de noviembre de 1989, Mons. Arturo Rivera, acompañado de Mons. Gregorio Rosa, dijo una frase imborrable: "les mató el mismo odio que mató a Mons. Romero". Dos grupos de mártires al principio y al final de la guerra. La guerra como un estadillo del odio que se descarga sobre personas que habían predicado el diálogo, la reconciliación, la justicia y la paz. Donde hay mártires hay irracionalidad y hay "pecado contra el Espíritu". Para legitimar el pecado de hacer mártires se comete otro pecado, se inventa una falsa verdad, la seguridad nacional: estos hombres alborotan al pueblo. Al hacer mártires lo que se pretende es apagar la verdad del pueblo. Los mártires mueren por decir y defender la verdad, y esa verdad es el "pecado estructural", que denunciado por Juan Pablo II: el afán de la riqueza y la búsqueda del poder, a cualquier precio. Por ello, la defensa de la verdad es la defensa de los pobres.

Junto con los mártires, la gran víctima de la postguerra sigue siendo la verdad; por eso nuestra paz es una paz violenta, armada. Hay una resistencia a descubrir y ha describir la verdad en el orden político, económico, social y civil. Las encuestas de opinión pública manifiestan su desconfianza y falta de credibilidad en múltiples instituciones públicas y en los partidos políticos. La buena salud de la economía se nutre,

aburridamente, de cuatro variables macro-económicas, poco nacionales, mientras se nos anuncia el nacimiento de un milagro que llega desde fuera. La corrupción es un fantasma que existe, pero no se le descubre porque se mueve en la oscuridad. Al informe de la Comisión de la Verdad se le acalló con la ley de amnistía y al informe del Grupo conjunto se le silenció con el olvido, y ahora desentonamos internacionalmente con el primer aplauso a la pena de muerte. Empadronados y no empadronados se preguntan a quién elegir o contra quién votar.

Debajo del ocultamiento de la verdad siguen existiendo el ejército de los mártires pasivos, que la Cumbre Mundial de Copenhague llamó pobreza, desempleo e insolidaridad social. Donde hay acultamiento de la verdad sigue habiendo mártires sufrientes, que llamamos mayorías populares. Por la defensa de estos mártires sufridos y sufrientes dieron su vida los mártires salvadoreños cuya memoria recordamos. Pero dar su vida no fue un 20 de marzo o un 16 de noviembre, sino poner muchos años de vida a la denuncia de la mentira, del pecado, y al anuncio de otras vías de diálogo, a las propuestas de otras de otras soluciones humanas, científicas y realizables. Fueron primero confesores y profetas, diciendo la verdad, anunciando un nuevo mundo de justicia y solidaridad, testimoniando finalmente su palabra con el sacrificio de su vida.

Por eso los mártires de ayer están presentes en la realidad de hoy, por ser una realidad martirial, que sigue haciendo mártires. Tratar de olvidar a los mártires de ayer es querer olvidar la realidad de hoy, es pretender amnistiar el pecado estructural de nuestra sociedad. No es que necesitemos más mártires de fusil y profetas que anuncian la buena noticia a los pobres, la libertad a los oprimidos y a todos el año de gracia del Señor. También por este camino se puede llegar hasta los altares. Si nuestra Iglesia no tiene ahora aquellos mártires, ojalá que sí tenga más confesores y profetas. Y que en esta misión puede contar con nosotros.